

## CANTO CUARTO

**D**UERMEN; poco á poco des-  
ciende el sol. En tanto,  
se obscurece la faja de  
los dorados arreboles.

Fenece melancólica la tarde; en  
el cielo, la noche mira y remira  
abriendo sus estrellas.

Viento de mudanzas, aligero, si-  
niestro, esparce un temblor en el  
Valle Dorado.

Los árboles tiemblan; á guisa de  
llanto se esparcen por el suelo, mar-  
chitas, hojas y flores.

Doquier aparecen desnudos rama-  
jes, extendiendo en los aires las cru-  
das siluetas.

Una y otra torre del bello palacio  
volcaron; y se hunde la cúpula; cae,  
como la ola junto á la ribera, un



alto muro con estrépito, deshaciéndose en una lluvia de ruinas y polvaredas.

Y paredes y arcos, claves y capiteles, pórticos y tejados van de tumbo en tumbo;

todo ello con profundos rumores, con larga resonancia, aunque sin despertar aquellas dos cabezas amodorradas.

La noche, azorada, mira, remira, abriendo todas sus estrellas como vivientes ojos.

Luego, una capa de negras nubes dilátase y cubre los abismos del cielo, y cual si empezara á reinar la muerte, todo, (en el silencio y las tinieblas) permanece sordo y ciego.

Cuando amanece, el valle ya es paraje de nieves, de duelos invernales, de ruina.

Ya los dos mozos tientan frioleros á su alrededor. ¿Dónde estarán las finas telas, los muelles cobertores?

Tientan... y se espantan. ¿Dónde está su lecho? ¿Dónde los muebles? ¿Qué fué de su aventura?

Yacen sobre ruinas, bajo un arco desigual, entre viejos muros, ruinas de un parque.

Y doquiera nieve ó granizo se acumulan sobre los restos informes; cubren el suelo espesamente.

—¡Qué es eso!—dice Escampa en cuanto mira.—¡Malhaya mi suerte! ¡ello ha sido un sueño!

Tú y yo nos alojamos en el Palacio Dorado. Vivíamos allí á pedir de boca. ¡Lástima de ficción!

Pero ¿dónde estamos? ¿Qué ocurre? Mi cuerpo está aterido. El frío nos hiela en este escondrijo de topos.

¿Con qué somos pobres? Pues ¿no cobramos las herencias? ¿No poseímos riquezas sin fin? ¿Qué opinas, Barrufete?

¿No nos divertimos locamente ayer? ¿No nos guarecimos en la misma cama?

¿No rozaron mis mejillas con las tuyas bajo purpúreo dosel? ¡Ay que pierdo el seso! ¡Qué en loco daré!

No doy fe á mis sentidos, no creo cuanto ví; acaso sueño pesadumbres tales.

Habla, Barrufete, por favor. ¿Enmudeciste? ¡Habla ó... te sacudo! ¿No ves mi ansiedad?

Alzase Barrufete, pálido como un



muerto.—¡Ojalá fuere engañoso nuestro dolor!

El es sobrado cierto—dice suspirando.—Más fueron ciertos así mismo los lances de ayer.

Una mano airada convirtió el hechizo de aquel mundo festivo en ruina y espanto.

¿Qué ocurrió? ¿Serían las hadas falaces, ó aquí enterradas terminaron sus días?

Lobica, mi encanto, ¿dónde estás? ¿llega mi voz á tí? Acaso mi planta agobia tu sepulcro.

¡Lobica!... ¡Lobica! Habla, salvarémoste. ¿Dó estás? ¿Qué fué de tí? ¡Habla, grita... gime!

Escampa le dice:—No aguardes respuesta. Nadie quedó ahí con vida fuera de los dos.

Pero tente; ¿oyes un recio són como choque de herraduras en áspero galope?

¿Qué será?—Enmudecen ambos, y atienden.—Prosigue el ruido, crece; al fin ensordece como el trueno.

Y brillantes, impetuosos, entran en el parque humeantes caballos al galope largo.

Los cabalgan las hadas. ¡Oh ramo

divino de abriñanas caras y labios en flor!

¡Cuán bellas, cuan bellas á los dos parecen! Gozosos, valientes, á su encuentro van.

—Lobica, mi amada—grita Barrufete—¡bendita sea quien con su leche te amamantó!

¿Buscábasme acaso? ¿Verdad que sí? No lo niegues. ¿Verdad que por mi amor registrabas estos lugares?

¡Aun aliento! Veo tu cara, flor de eterno mayo; aun me asolea el fulgor de tus ojos.

¡La vida me hechiza! Estás junto á mí; beso la rica planta de tu pie.

Y á la vez oprime la planta en su puño, besándola amoroso, hasta que ella la retrae.

Sonreía Escampa entre un dulce discurrir de lágrimas, que le rodaban boqueras abajo.

Gozoso, peinaba la crin de un corcel; lo acariciaba como á una cabeza de niño.

—¡Haceos allá—dijo Lobica con recio desdén.—Volved al redil; su tufo os delata.

No quiero que me roce vuestra laceria; idos para allá, guiñapos astro-



sos. Nunca he parado mientes en vosotros.

¿Qué es eso? No me ajes la chinela con la zafia vaharada de tu aliento.

¿Cómo te atreves á fijar en mi tu labio inculto? ¿No es eso un agravio? ¿no es eso un ultraje?

¡Ea, en marcha! ¡Yo, amiga de bellaco semejante! ¿Qué lazo me une á tí? ¿Qué mal agüero te ha traído acá?

Así dice; indómita, clava la espuela de acero en el vientre del gallardo corcel.

Herido el bruto, yérguese relinchando; airado contra la tensa brida, salta,

marcha á carrera abierta, y brilla en pos de él una polvareda confusa de nieve.

Sigue su ejemplo la cabalgata; trotando, como plateada nube se desvanece.

¡Adiós esperanzas! ¡adiós, sonoro retifir de los cascabeles y las campanillas,

racha de alegría que se aleja, que no ha de volver! El día se obscurece; el mundo es un desierto.

Escampa, agobiado, se desahoga

haciendo pucheros; Barrufete, clava en el seno las uñas

y mira con horror su vestido. ¡Cuán vil y horadado! Casi está desnudo.

Al cabo, llorando, se alejan de allá; cuanto examinan les infunde horror.

Los árboles deshojados, do penden los cerriones, diríanse pesados mármoles que empiezan á labrarse.

Doquiera hielo, tristeza, cenicienta luz, desnudez y brumas, soledad, ruinas...

¡Oh muda comarca! En ella, con ruido seco, cual si cayera en un abismo, repercute el gemido.

Y el gemido es la nota única funesta que se escucha; ni una fuente murmura; ni una rama se mueve.

—¡Ay!—suspira Escampa—toda esperanza me abandona. No veo rama ni tallo, camino ó sendero.

Marcha Barrufete sombrío, sin palabras, opreso por la red angustiosa del dolor.

Ni siente el hálito del granizo cruel que á cada paso cruje bajo su planta,

ni los cristales de escarcha que sus



dientes engarzan. Va absorto en la fiebre de sus pensamientos.

La pena que su alma llena de amarguras, le hizo insensible á cualquier otro daño.

Como las aves que, batidas en su tosco nido, giran sin rumbo en tenebroso espacio,

giran sus ideas en las tinieblas, giran sin cesar, únicamente dando con la noche.

¡Ni un vislumbre de esperanza!  
¡Siempre la cerrazón! Bogando en el piélago de la nada,

el alma se extenua, pliéganse sus alas, cae con íntima caída, y gimen en ella duelos del infierno.

## CANTO QUINTO



**B**ARRUFETE, alienta — dice Escampa — toma mi brazo, arrímate, yo puedo contigo.

Veó que vacilas como un embriagado; de tropezón en tropezón mueves la planta.

En lo alto de la montaña hallaremos quien nos cobije; veó allí una casa; y báñala el rayo postrero del sol.

La noche no amaina el frío jamás. Vamos allá arriba. Allá daremos con brava fogata que nos reanime.

Veó que una neblina surge del tejado. Ella me consuela. Ya la angustia que nos aguarda es breve.

—¿Qué importa ir allá—dice el



camarada—si ha de ser en vano?  
Allá nuestro calvario no concluye.

No hallarás remedio para nuestros males. La pobreza es mal parecida; nadie la quiere.

Vé allá arriba, si confías, prueba fortuna. Mi esperanza se funda en la muerte,

en la muerte que nos dá el sosiego que no se turba nunca. Mi pecho la ambiciona. ¿Puedo acaso lanzarme á nuevos planes?

Suéltame... helado perezca. Un gusano me roe el pecho; aunque lucharé no podré extirparlo.

Ya mi planta se niega á dar un paso; mi cuerpo reclama cualquiera yacija.

El blanco ventisquero me tienta, me seduce... Lentamente, mi cabeza inclínase hacia él.

Escampa le observa, y le vé pálido, tan pálido, que ya su rostro no revela indicio de sangre.

—Barrufete, destrozas mi pecho con tus palabras—le dice.—¡Ay de mí si me abandonases en la hondonada!

Domina, por Dios, tu fatiga mortal; ¡valor, sigue adelante, salva á tu amigo!

Si la noche fría nos halla en el nevado yermo, es imposible la salvación. ¡Un esfuerzo; adelante!

Y carga á su brazo al compañero, y casi le arrastra encima de los hielos.

Ya el otro desmaya la cabeza... Paciente, sin bríos, se esfuerza cuanto puede, cojeando dolorosamente.

Y cada vez su cuerpo se arrastra más pesado, su cabeza se abotarga, se entornan sus ojos tristemente.

Ya no se mueve; le llevan á remolque; sus pies rígidos frotan la nieve dejando en ella un surco.

—¡Suelta! ¿Por qué te cansas? —dice.—Siento acercarse del último suspiro los escalofríos.

¡Perdóneme el Señor!... Resignado fallezco. ¡Qué El no te abandone, oh entrañable Escampa!

Su labio exhalaba penosamente la voz; casi la ahogaba la ronquera agónica;

estremecióse su cuerpo como en un sobresalto, y sus ojos llénanse de un espanto augusto.

Al tentarle Escampa le halla yerto, frío; su boca no alienta... —¡Barrufete!—grita al compañero.



En la noche inmóvil, ya cerrada, se pierde su grito; el eco de una cueva lo repite á lo lejos.

El muchacho grita de nuevo, pero en voz baja, pegado á su compañero... y escucha... Nada; ya ni un latido en el corazón.

Entonces, cuelga de sus hombros al difunto. Avanza fatigosamente, se dirige arriba, arriba...

arriba... y se erizan de horror sus cabellos; sécanse los ojos, agotado el llanto.

¡Arriba! y crece el peso de su helada carga. ¡Arriba! y en tanto mueve sus labios una oración, como por instinto.

Por fin, ya se allega á la casa de lo alto de la montaña; ya llama á la puerta, dando con la frente.

Y ábrese la puerta, y aparece un viejo que viste un pobre capote de buriel,

quien junta las cejas, mirando con recelo, y al mancebo pregunta:—¿De dó vienes? ¿Qué traes?—

—¡Ay!—responde Escampa—perdido vengo, casi ciego, sin aliento, me dá calambres el frío, ¡no me opongáis dificultad!

Dadme franco albergue. Queréis saber de dó vine? De un mal paraje, del País Dorado.

—¡Oh malaventurada criatura! —exclamó el viejo—ya tu infortunio sé.

Desde la montaña miro el profundo valle y su palacio de cristal, que á tantos engaña.

Su aparición dura el espacio de un día solamente. ¡Ay del que hubo hechizo en tal morada!

Danle allí un instante sombras de placer, y en tanto le disponen un daño que envilece.

¡Cuántos allá perecen! y si algunos por fortuna, comparecen acá, llevan siempre un cadáver consigo.

Deja el tuyo afuera; y entra, hijo mío; junto al hogar rezaremos á Dios.

Yo te daré el manjar que te faltare, yo confortaré tu alma doliente.

Modesta es la casa. Solo guardan su techo tres flores de ventisquero, tres frailes oscuros.

Si acompañarnos quieres, en buena hora sea; tres frailes somos, tu serás el cuarto.